

# Paul Claudel

## Oriente de Paul Claudel

LUEGO DE PASAR CASI VEINTE AÑOS COMO DIPLOMÁTICO DE SU PAÍS EN CHINA Y JAPÓN, Paul Claudel publicó en Tokio un delgado libro: *Cien movimientos para un abanico* (1927). Los poemas que contiene son, en palabras suyas, “un intento de aplicar los principios de la poesía japonesa, transformándolos a través del gusto personal. Cada poema es muy breve, está compuesto por una sola frase, lo suficiente para dar soporte a un soplo —de sonido, sentimiento, palabras— o al aleteo de un abanico.” ¿Conocería el poeta francés los poemas publicados sólo unos años antes por José Juan Tablada? En ellos, el poeta vanguardista mexicano —fascinado también por el Oriente— deja constancia de sus admirables esfuerzos por trasladar a nuestra lengua el haikú japonés. Ninguno de los dos se ciñó a la regla: un poema de diecisiete sílabas encarnado en tres fulgurantes versos. El tratamiento de los temas y los resultados de uno y otro difieren. Hay, sin embargo, en ambos poetas, una predilección por la reticencia y la alusión en compañía de una mirada que privilegia a la naturaleza y, en ella, los pequeños detalles redescubiertos en las cosas de todos los días: flores, animales, insectos, utensilios... En los poemas de Claudel el abanico mismo —portador de los versos— se convierte en el tema. Es también el emisario de la palabra que, mediante el movimiento de una mano, puede proyectarse hasta los ojos, el oído y el espíritu mismo de un destinatario. He traducido, con gran libertad, veinte de estos movimientos.

## Veinte movimientos para un abanico

Sombra  
que me concede  
la luna  
como una tinta  
inmaterial.

Acerca tu oído  
y escucha  
cómo en el fondo  
del pecho de un dios  
el amor  
tarda en apagarse.

La peonía  
y este rubor  
en nosotros  
que precede  
al pensamiento.

Esta noche  
llovió vino  
lo sé bien  
pues no hay  
manera  
de poner término  
al parloteo  
de las rosas.

Sólo la rosa  
es bastante  
frágil  
para decir  
la eternidad.

Cierta rosa  
es menos un color  
que una respiración.

Cuando no hay musa  
el poeta pesca sin anzuelo  
en una taza de sake.

La sacerdotisa  
del sol  
está sentada  
en el plato  
de una balanza.

Veloz  
una lágrima  
al cruzar  
un rayo de sol  
desaparece.

Escucha  
el Emperador Ermitaño  
al Imperio  
¿Qué pasaría  
si la cascada  
de pronto  
se detuviera?

Quien no mira  
la azalea  
no escuchará  
el torrente.

Vela  
de un pequeño  
navío  
su cargamento  
unas cuantas sílabas.

También  
el otoño  
es algo  
que comienza.

No son tres palabras  
negras sobre  
un ala blanca  
sino blancas migajas  
arrojadas hacia ti  
por un ala invisible.

En la inmóvil  
oscuridad  
del verdor  
el rugido  
del púrpura.

Callemos:  
el menor ruido  
basta  
para que recomience  
el tiempo.

Es necesario  
que haya en el poema  
cierto número  
que impide ser contado.

Cedro:  
me lamento  
al pie

de una torre  
inaccesible.

Arde en mí  
una pena  
que intenta en vano  
convertirse  
en palabra.

Que el aliento  
de este abanico  
disperse las palabras  
y sólo deje pasar  
aquello que conmueve.

*Versión de Jorge Esquinca*

